

Lamí decia verdad.

Si le hubiese amado, como amaba á su marido, habria encontrado cierto encanto en unos viajes nocturnos sembrados de peligros.

Pero, ya lo hemos dicho:

Desde hacia largo tiempo, Lamí no hablaba ya á su imaginacion; y sus sentidos habíanse reposado durante la enfermedad de Luciano.

Actualmente estaba sedienta de reposo, tal vez de honestidad, y se espantaba ante las condiciones que le imponia su amante y la perspectiva que se le ofrecia.

—Las pequeñeces de que hablas, dijo Diana, merecen ser tenidas en consideracion. Lo que pides es imposible.

—Entonces, exclamó él con violencia, no hay nada de lo dicho. ¡Tu marido no viene aquí!

Al encaminarse á la Sauviniere, habíase jurado Diana conservar su serenidad para mejor triunfar de los arrebatos de Lamí.

Empero, prolongándose demasiado esta escena, sus nervios habíanse distendido, y acabó por perder la paciencia.

—Mi marido vendrá, exclamó con firmeza, porque aquí estoy en mi casa y él en la suya. Los que no se contenten, pueden marcharse cuando gusten.

—¡De veras! ¡les das ese permiso! Pues bien, ¡no lo usarán, tu permiso! ¡por mi parte, me quedo!

—¡Cuidado! dijo ella irritándose por grados, ¡estais abusando de los derechos que os he concedido, de mis bondades para con vos! En resumidas cuentas nada nos liga eternamente uno á otro, y no tengo motivo alguno para temeros. En efecto: ¿qué podeis hacer? ¿qué podeis decir? ¡ah! ¡si...! ya recuerdo...! vuestras antiguas amenazas...! Me acusaréis de haber amado demasiado á mi primer marido... de haberle amado con tanta pasion, que se murió...! pero eso pertenece ya á la his-

toria antigua, querido, y además, si os de de ser franca, os diré que nunca me habeis dado miedo ninguno. ¡Vaya! ¡decididamente he sido demasiado bondadosa! Todo tiene un fin en el mundo. Mañana, mi familia y mi servidumbre quedarán instaladas aquí completamente, y desde ahora solo mediarán entre vos y yo las únicas relaciones que hubieran debido existir siempre! ¡Seréis el intendente de la Sauviniere, y nada mas!

Si se le hubiese ocurrido la idea, mientras hablaba, de fijar los ojos en el rostro de Lamí, no hubiera acabado, sin duda; su tez, de rosada que habitualmente era, habíase puesto lívida y mas de una vez su mirada se habia fijado en un revolver cargado, puesto sobre la chimenea.

Sin embargo, consiguió dominarse y contestó á Diana, despues de una breve pausa.

—Bien está; desde ahora no soy mas que vuestro intendente; pero ni siquiera pretendo conservar esta posicion. La dejo, y presentaré mis cuentas al señor de Aubier, tan luego como llegue.

—No teneis cuenta alguna que presentar, dijo ella, sin adivinar á donde iba á parar con su plan Lamí. Acepto las vuestras y firmaré lo que me presenteis.

—¡Oh! repuso él, eso no estaria en el orden regular. Estais casada, y vuestro marido tiene el derecho de ponerse al corriente de vuestros asuntos; y así lo haré. Solamente debo advertiros que, si por azar me pidiese, como es probable, por qué causa dejo de regentar esta propiedad cuya administracion corre á mi cargo desde diez años há, le daré á entender el verdadero motivo de mi dimision.

—¿Qué quereis significar con eso? preguntó ella con cierta inquietud.

—Es muy sencillo. Le diré: yo era el amante de vuestra mujer, y vuestra mujer me habia prometido que vos jamás ven-

driais á habitar aquí. Habeis venido ¡sea muy enhorabuena! no puedo impedirlo, y me retiro.

—Y vos os atreveriais á decir eso?

—¡Cómo, si me atreveria! esclamo furioso ¡ah! y podeis dardarlo vos, vos que me conoceis!

En efecto, le conocia.

Sabia que una educacion apenas desbastada no habia podido suavizar las asperezas de aquella ruda naturaleza, ni inspirar á aquel lugareño esos vulgares sentimientos de honor y delicadeza sobre los cuales una mujer tiene derecho á contar.

Un hombre de mundo, aunque no mas pertenezca á la ínfima clase media, engañado, abandonado por su querida, intentara á veces vengarse; pero jamás se le ocurrirá la idea de revelar al marido la falta de su mujer, falta que él mismo ha compartido.

Un desheredado, como Lamí, debia considerar tal confianza la cosa mas natural del mundo, y inútil hubiera sido empeñarse en demostrarle lo indigno de esa conducta.

Hablaria, sí, hablaria sin vacilar, segura estaba de ello y ante tal expectativa, abandonóla toda su serenidad.

Aquella mujer que habia osado, en un arrebato de locura, verdad es, pero en fin que habia osado hacer á su marido la confesion de un crimen horrible, temblaba á la idea de que iba á saber su traicion.

Consentia en ser para Luciano una envenenadora, pero no queria que éste la creyese adúltera.

Y es que el crimen lo habia cometido á causa de él, por amor á él.

Él podia despreciarla; pero ella no merecia su odio.

Habia rebelado la conciencia del hombre honrado, pero no habia, segun ella, de ningun modo herido el corazon del amante.

Las revelaciones con que la amenazaba Lamí, inferian, al

contrario, un ataque á su amor mismo; hacian imposible toda nueva relacion entre ella y su marido.

Ignorando lo que pasaba en el corazon de Luciano, no habiéndose dado nunca cuenta exacta del horror que inspiraba á este hombre honrado, sucediale, á veces, esperar que la perdonaria el crimen cometido á su intencion; empero, sabia que Luciano no podia perdonar la falta cometida contra él, el ultraje que ella le habia hecho.

De ahí, pues, su confusion y su espanto.

Era preciso, á costa de todas las concesiones posibles, impedir que hablara Lamí.

A este objeto, bruscamente, con esa flexibilidad de espíritu que la hacia tan peligrosa, ahogó su cólera y aproximándose al intendente, con el sonrís en los labios, díjole:

—Repíte tu amenaza.

—Y tal si la repetiré; diré á vuestro marido que...

—Que has sido mi amante. Sí, ya lo sé. ¡Qué necio eres!

—¡Cómo! ¡decís..!

—Que eres un necio, y sobre este punto no tengo por desgracia nada que envidiarte. Hénos aquí querellándonos hace mas de una hora y ¿á santo de qué? te pregunto; ¡por unos paseillos nocturnos que tantas ganas tengo de hacer como tú!

—Entonces ¿á qué rehusar?

—Porque tú no sabes pedir. En lugar de decirme: «Nos aprovecharemos, ¿verdad? de tu permanencia aquí, para vernos lo mas á menudo posible,» impones condiciones, exiges, eres brutal y yo que soy nerviosa me exaspero, y así nunca acabaríamos. ¡Vaya! los dos somos culpables; convengámoslo, y hablemos de otra cosa.

—¿Vendrás cada noche?

—Vendré cuando me plazca, señor mio; y me placera á menudo, añadió tendiéndole sus labios.

Vencido estaba Lamí.

Luciano podia, actualmente, llegar á la Sauviniere, sin peligro.

Éste hizo su entrada al siguiente dia.

Fatigado por el viaje, subi6se á su cuarto del que no pudo salir durante dos dias.

Pero, trascurridos estos, la señora de Aubier, madre, suplic6le que hiciese un esfuerzo y bajara al salon.

Este era el momento elegido por Diana para presentar á Lamí.

En efecto, hubiera sido inconveniente ocultar por mas tiempo al intendente de la Sauviniere.

Comprendiólo así Diana, y adocrin6 á su amante durante las dos precedentes noches, obteniendo de él que accederia á esta presentacion oficial y obligada.

Una hora hacia que Luciano estaba en el salon, en compa^ñía de su mujer y de su madre, cuando un criado á quien se habia dado la correspondiente leccion, entr6 á anunciar que el señor Lamí deseaba presentarse.

—¿Quién es ese señor Lamí? pregunt6 el enfermo.

—El intendente, ó el gerente, como querais llamarle, de la Sauviniere, respondi6 Diana, que esperaba la tal pregunta. De él os he hablado varias veces.

—Es posible, pero no recuerdo...

—Él es, repuso ella, quien se ocupa de administrar esta propiedad, con escesivo celo, desde diez años há...

— ¡ Ah! ¡ de veras! ¡ hace tantos años..! ¡ que entre! ¡ le veré con placer!

Lamí penetr6 en el salon.

Habia creido deber, para esta presentacion, ponerse el vestido de los dias de fiesta, no por respeto, sino por coquetería, para exhibirse con todas sus ventajas ante su rival.

La señora d'Aubier, madre, que estaba bordando junto á una ventana, dirigi6 los ojos sobre el recién llegado, y no pudo ocultar su sorpresa.

No esperaba, evidentemente, encontrar instalado en casa de su nuera á un intendente j6ven, robusto, bien conformado, de bella tez.

De Lamí, su mirada fij6se en Luciano, luego en Diana, y un triste sonrís contrajo sus labios.

Por su parte, Luciano, ni siquiera par6 mientes en Lamí, bajo el punto de vista plástico. Poco le importaba.

Aquel hombre le interesaba únicamente porque vivia en la Sauviniere desde hacia diez años.

—Acercaos, muchacho, dj6le al verle pararse en medio del salon.

Esta espresion familiar «muchacho» aplicada al que se hacia llamar en toda la comarca, señor Lamí, ó señor á secas, no podia agradar al intendente, pero no dej6 traslucirlo.

Adelant6se, y como Luciano no le invitaba á tomar asiento, Diana, atenta á cuanto pasaba, hizo seña á un criado para que le llevase una silla.

—Me ha dicho mi mujer, empez6 Luciano, que vivís en la Sauviniere desde hace diez años.

—Así es, en efecto.

—¿Habitaís en el castillo? pregunt6 la señora d'Aubier, madre, desde su sitio.

—Sí, señora.

—¿En qué lado?

—Durante estos últimos tiempos, respondi6 Lamí, encontrándose el castillo deshaditado, ocupaba el ala principal; pero desde ayer, me trasladé al ala izquierda, en el piso bajo.

—¿Teneis familia, sin duda?

—No señora.

—Ni mujer, ni hijos?

—Soy soltero.

—¡ Ah! muy bien.

Estas preguntas, hechas por la señora d'Aubier madre, ponian á Diana en un potro.

Felizmente para ella, Luciano, impaciente sin duda por interrogar á su vez á Lamí, interrumpió á su madre.

—¿Os da mucho que hacer esta propiedad? preguntó, para reanudar la conversacion y poderla ¡enseguida encaminar á su capricho.

—Segun y como, dijo el intendente. Cuando el año es bueno, los arrendadores cumplen al pié de la letra sus compromisos; pero si habido ma' tiempo, sequía, si el heno es escaso y el trigo poco, hay que tirarles de la oreja.

—Y se la tirais, ¿no es así? Pero no siempre habeis sido solo en desempeñar esa tarea. El antiguo propietario del castillo os debia ausiliar á menudo.

—Poquísimas veces ¡estaba siempre enfermo!

—¡Ah! ¿de veras? y ¿cual era su enfermedad?

—Nunca ha podido saberse con certeza; creo que padecia del pecho.

—Y su mal acabó por llevarle al otro mundo! ¿serian tal vez insalubres los aires de la Sauviniere?

—Basta mirar al señor Lamí para tener pruebas de lo contrario, apresuróse á observar la señora d'Aubier, quien, no pudiendo penetrar la verdadera intencion de las palabras de su hijo, creia deber tranquilizarle.

Mas Luciano, dirigiéndose al intendente repuso:

—¿Estábais aquí cuando murió el señor de Sery?

—Sí, señor.

—¿Padeció mucho?

—¡Ah! no lo sé! En sus últimos dias, no me fue dado verle.

Y, sintiéndose embarazado por esta esta especie de interrogatorio, añadió, designando á Diana:

—La señora que no le abandonó ni un momento, está mas enterada que yo.

—Sin duda, dijo Diana, con voz que intentaba hacer natural. Pero, paréceme que podríamos cambiar de conversacion; y dirigiéndose á la señora d'Aubier ¿no opinais como yo, señora?

—Completamente.

Levantóse, se aproximó á su hijo y le dijo:

—Vamos, Luciano, procura alejar de tí esas fúnebres ideas. Imposible será que te restablezcas, si no eres mas razonable. ¿No te gustaria dar un paseo bajo esos copudos árboles, en ese parterre todavía esmaltado de flores? Mira qué magníficos matices ha pintado el otoño en esos árboles! Haz por ponerte pronto bueno; te lo ruego. ¡Me agradaria tanto recorrer, de tu brazo, ese parque y esas praderas!

Mientras procuraba distraer á su hijo y hacerle tomar gusto á la vida, Lamí, á una señal imperceptible de Diana, habíase eclipsado silenciosamente.

Cuando á las once de la noche fué esta á reunirse con él, segun el compromiso que la ligaba, encontróle descontento de todo el mundo y de sí mismo.

—¡Pues no me han cargado poco con sus preguntas! exclamó ¡mas de diez veces me han dado tentaciones de no contestarles y de largarme! No mas tales cargas; se acabó. En vano te empeñarás en engatusarme; no me volverás á cojer!

No decia la verdadera causa de su descontento.

Habíase sentido torpe y mal á sus anchas junto á aquellas dos personas, llenas de distincion, de modales finísimos, de lenguaje selecto.

No habia podido dejar de reconocer su superioridad sobre él y la distancia que de ellas le separaba, distancia que ellas sabrian siempre conservar y que jamás osaria franquear él.

El ridículo amor propio de aquel ex-lugareño mimado por la fortuna debia sufrir cruelmente, y Diana sintió sus efectos.

Como él no queria confesar sus verdaderos motivos de queja, inventó otros.

—Tú me engañaste, le dijo, al pintarme á tu marido moribundo y agonizante casi. Puede haber estado enfermo grave; pero hoy se halla en plena convalescencia, y dentro de ocho días estará sano y bueno. No esperes entonces que te permita yo permanecer á menudo con él. ¡Oh! no; eso fuera demasiado cómodo; ¡de día un marido, por la noche un amante! No quiero saborear los restos de ese bello señor, porque es muy guapo tu marido. ¿Por qué, pues, fingias hacerle ascos? Te casaste, segun decias, por ambicion, á fin de conseguir un rango en el mundo, y nada mas... ¿Te imaginas haberte burlado de ? Semí acabó; desde ahora no volverás á burlarte, te lo juro. Os vigilaré á los dos.

Así, hablando con esa grosería y rebajando á Diana era como se vengaba de la superioridad de Luciano.

¡Y ella veíase obligada á tolerar tan brutal lenguaje!

En efecto ¿no habia comprendido, á su llegada, que toda rebelion era imposible?

Los reproches de Lamí, tocante al estado de salud de su rival, podian explicarse.

A primera vista, Luciano no parecia tan gravemente atacado como en realidad lo estaba.

Segun las predicciones del doctor, los aires del campo y el sol triunfaban de su enfermedad; renacian sus fuerzas; su mirada, apagada desde hacia seis semanas, volvia á adquirir su brillo de antes, y su palidez disminuia gradualmente.

Empero este cambio no pasaba de ser exterior.

Solo el cuerpo se aprovechaba de la vivificante accion á que estaba sometido.

El espíritu, profundamente afectado, no curaba.

La residencia en la Sauviniere, tan benéfica para d'Aubier, bajo ciertos conceptos, acababa, por otros, de desalentarle y de abatirle.

Todo en aquella propiedad le recordaba á que aquel murió en ella tan miserablemente, y al cual se reprochaba de haber contribuido á matar.

Aquellos árboles, el señor de Sery los habia plantado.

Aquellos parterres, habíalos ordenado él, segun decia el jardinero.

Aquel pabellon habia sido construido sobre sus planos, al decir de un antiguo criado de la casa.

Porque Luciano que, como hemos indicado, habia venido á la Sauviniere en busca del castigo de su imaginario crimen, interrogaba con febril curiosidad á todos cuantos podian hablarle de su predecesor.

Un dia hízose conducir al cuarto que el desventurado habitara, y en él permaneció encerrado largo tiempo, absorviéndose en fúnebres ideas y consumiéndose en sus remordimientos.

Lo que sobre todo le preocupaba era el deseo de saber si la muerte del señor de Sery habia sido dolorosa, si le habian oido dar gritos, cuanto tiempo habia durado su agonía, y á todos interrogaba sobre este particular, como al principio interrogó á Lamí.

Unicamente, á quien no osaba dirigirse, era á su mujer.

¿Le tenia miedo?

Hubiera podido creerse que sí, al ver el cuidado extremo que se tomaba en evitar su presencia y en nunca dirigirle directamente la palabra.

Evidentemente, en su conducta habia un principio de enajenacion mental; así lo comprendia él mismo, y se asustaba.

Á uno que le felicitaba por su completa curacion y sobre su buen aspecto, contestóle:

«Es verdad, cómo como cuatro y engordo; me parezco á los locos.»

Unicamente el recuerdo de María acudia á veces á distraer su idea fija y á preservarle de un peligro inmediato.

Cuando conseguia aislarse por un rato en su memoria, sentíase reposado y como regenerado.

Entraba de nuevo en posesion de sí mismo y llegaba á examinar sanamente su situacion.

Pero no era este exámen de índole á propósito para consolarle y regocijarle.

Dejando á un lado toda idea exagerada de remordimientos, de ridículos temores ¿podia dejar de reconocer que estaba condenado á vivir tal vez largos años lejos de la mujer á quien tanto amaba, y junto á una tan detestada mujer?

«¿Á qué arrastrar una existencia miserable? preguntábase entonces friamente.

¿Qué interés puedo tener en vivir, y para quién viviré yo?

¿Para mi madre?

La pobre está ya muy vieja, poco tiempo podré conservarla, y sufrirá menos por mi muerte, que viéndome tan desgraciado.

¿Qué afeccion, que amor me ligan al mundo?

Ni siquiera amo ya al trabajo; he abusado demasiado de él durante estos últimos tiempos; y además, para trabajar, es menester un objeto, y no tengo ninguno.

¿Qué me importa obtener un ascenso en mi carrera?

¿No deberia yo, en conciencia, presentar mi dimision?

¿Es permitido al marido de una envenenadora el administrar justicia?»

En tales disposiciones de espíritu no podia tardar Luciano en tomar alguna grave determinacion, con el fin de apresurar el término de sus sufrimientos.

Un acto de su mujer le decidió á ello y provocó el desenlace de este drama.

¿Qué ocurría en el corazon de Diana desde la enfermedad de Luciano?

¿Habian, por fin, penetrado los remordimientos en él, produciendo sus habituales estragos?

No creemos que así fuera.

Diana habia tomado su partido sobre el crimen por ella cometido y lo justificaba á su manera.

«Si hubiese yo sido rica, como otras tantas, decíase, la señora d'Aubier habria consentido en mi matrimonio.

«Hubiérame casado, sin obstáculos, con el hombre á quien tanto amaba, y habria sido la mas feliz y la mas honrada de las mujeres, porque en realidad, á nadie mas he amado que á Luciano.

«Pero separábame de él una miserable cuestion de interés:

«¿No debia yo intentar vencerla?

«¿Qué he hecho, sino?

«Sacrificarme.

«Consentir en sepultarme aquí, con un hombre que me era odioso, un anciano, un moribundo casi.

«Mi juventud se rebelaba.

«Impuse silencio á mi juventud.

«Mi corazon se indignaba de asco á la sola idea de las caricias de mi marido.

«Sofiqué estas repugnancias.

«¿Podia yo vencerlas siempre y sacrificarme por toda una eternidad?

«¿Por qué no se moria aquel hombre que, en cierto modo, me habia prometido morirse?

«Su edad, su vacilante salud, su marchita faz ¿no eran un compromiso contraido conmigo de devolverme pronto á la libertad y al amor?

«Tardábase él en cumplirlo, y yo no podia esperar mas...

«Perdido estaba para mí Luciano, si no me apresuraba á tomar una resolucion.

«Víme precisada á llamar á la muerte en mi ayuda, ya que espontáneamente no queria venir...

«Y, al fin y al cabo ¿es tan grande el crimen de abreviar de algunos meses, de algunas semanas quizá, una existencia próxima á extinguirse; poner bruscamente un término á sufrimientos reconocidos mortales por la ciencia?

«¿Era realmente un hombre el que maté?

«Antes de morir aquel hombre ¿no era ya un cadáver?

«Por otra parte, la pasión que me devoraba ¿no me había embriagado y alocado?

«¿Tenía yo conciencia de mis actos?

«¿Era yo verdaderamente y á sabiendas culpable?

«No tal.

«Debo, pues, desechar remordimientos inútiles, desterrar de mi vida el recuerdo de un execrable pasado y gozar, en fin, de mi nueva posesión, á tan cara costa comprada.»

Y, gracias á tan monstruoso argüir, había ella gozado de su nueva posición sin remordimientos, hasta el día en que esta posición se desmoronara y en que aquel á quien todo se lo había sacrificado, se alejara de ella.

Largo tiempo aun, la lucha que sostuvo para intentar conservar el corazón que se le escapaba, para hacer revivir un amor presto á extinguirse y para recalentar sentidos ya enfriados, ocupó sus instantes y la preservó de todo pensamiento extraño á esta lucha.

Por fin, sonó la hora en que no tuvo más remedio que confesarse que no era amada, que tal vez nunca lo fue, y que su sacrificio y su crimen habían sido inútiles.

Entonces pensó seriamente en aquel crimen, pero no fue el remordimiento lo que penetró en su alma, sino el pesar.

El pesar de no haber dado en el blanco, de haberse comprometido inútilmente, de haber seguido una senda funesta que la había conducido á la ruina de sus esperanzas, al derumbamiento de sus amores.

Feliz, amada, hubiera vivido apacible en perfecta armonía con su conciencia, porque, hay que confesarlo, á veces se confunde el remordimiento con el sentimiento del mal éxito y de la vergüenza que se le sigue: los criminales se arrepienten á menudo, no de su falta, sino de la inutilidad de esta falta.

Al igual que Luciano, Diana, á cada paso que daba en el

parque ó en el castillo de la Sauviniere, sentía una perturbación, experimentaba un sufrimiento.

La arena, al crujir bajo sus plantas, le repetía que en tal paseo de árboles, una noche, concibiera ella el crimen, y resolviera ponerlo en ejecución.

Bajo aquellos copudos olmos veía aparecerse al señor de Sery, quien le decía:

¿Por qué me mataste? ¡yo te amaba tanto! ¿No podías esperar algún tiempo más? ¿quedábanme á lo sumo tres meses de vida! ¿qué necesidad tenías de cometer un crimen que solo te ha servido para hacerte odiosa á tu amante?

En aquel gabinete, su primer marido presentábase también de repente ante ella.

«¡Desventurada! exclamaba ¡dices creer no haber premeditado el homicidio y haber obedecido á un acceso de locura! ¿olvidas acaso que durante dos años asististe impávida á mi larga agonía? Tú eres quien me condujiste por grados á la tumba, tú conmigo fuiste cobardemente viciosa, friamente lúbrica... ¡oh! no fue el veneno lo que me mató, nó; fue el amor que me supiste hábilmente inspirar, fueron mis vicios que lisonjeaste, fueron los tuyos que pusiste á mi servicio! ¡no mereces ni gracia ni piedad, y esa fortuna robada, tu amante la rechaza, horroriza á tu amante!»

Así, pues, la conclusión era siempre la misma: el crimen había sido inútil.

De ahí el profundo desaliento que poco á poco se había infiltrado en aquel alma insensible hasta entonces á toda debilidad.

Empero, menos dichosa en esto que Luciano, quien, á veces, pensando en María, podía reposar su mente, Diana no tenía ninguna imagen graciosa que evocar y no veía brillar la más mínima luz en su sombría noche.

Lamí, el mismo Lamí, era impotente para distraerla.

Si continuaba cada noche en ir á reunirse con él, no era ya por miedo á sus amenazas.